

# FILOSOFÍA

DE LA

## ELOCUENCIA ESTERIOR.

*Actio est eloquendi comes, et quasi corporis quædam eloquentia.*

Cic. in Orat.

La elocuencia escrita es como la música sobre el papel; ambas yacen allí muertas, y ambas necesitan del auxilio de la voz, y tambien de la accion, que les dé espíritu y vida para escitar el oído y corazón del oyente. No por otra causa es esta parte de la elocucion oratoria la mas esencial al que ha de mover y persuadir á otros; pues el fruto y la gloria que con la pronunciacion alcanzaron los antiguos, son el mayor testimonio del esmero con que cultivaron este arte dichoso, y el mas eficaz egemplo de la importancia de su estudio para los modernos.

Con unas mismas palabras podrá el que habla, ó lee, mover á risa, ó á llanto, á lástima, ó á indignacion. Tanto imperio tiene la voz viva en los ánimos, y tanta influencia el talento de decir, que, si no mas difícil, es mas raro que el de escribir, y cuando no haya ganado siempre tan sólida y duradera fama, ha ganado en recompensa mas triunfos, y aplausos mas lisongeros, por nacer estos del movimiento, y presencia popular.

Claro está que es grande la diferencia entre el orador que habla á sus oyentes y el que escribe para la posteridad. El primero debe enfervorizarse con mayor facilidad, porque un numeroso concurso y el aparato del lugar forzosamente han de exaltar su ánimo. En esta situacion los afectos pasan del orador al auditorio, y de este vuelven al orador; no de otra suerte que por el reflejo los rayos de la luz vuelven al cuerpo que los despide. Por otra parte su voz, su acento, sus ojos, y todos sus movimientos, de acuerdo con la pasion que le anima, testifican la verdad de esta misma pasion. Hieren y agitan los sentidos, y por ellos se enseñorea del ánimo de sus oyentes, y le conturba á su arbitrio.

Todos estos efectos son muertos, como hemos dicho, en la elocuencia escrita: en el papel todo es tranquilidad y silencio. Leemos, es verdad, al orador, mas no le oimos, ni le vemos; está ausente para nosotros; y así, ni las inflecciones de su voz, ni su gesto, ni su accion, nos dan testimonio de la verdad de lo que dice: solo su pensamiento es el que habla al nuestro con caracteres mudos. Los frutos de la elocuencia escrita son mas difíciles, si no mas inciertos, ó lentos de conseguir: la elocuencia hablada, ciega la mies y la arrebatada juntamente. Y no será otra la causa por que leemos frecuentemente arengas y sermones, que habiendo grangado ilustre fama á sus autores cuando los pronunciaron, los hallamos ahora frios, desaliñados, comunes, y tambien incorrectos; y mas me atrevo á decir, que algunos de ellos, para conservar la reputacion del orador, no debian haberse dado á la prensa. Estos oradores pudieron seguir el egemplo de Pericles quien,



sin embargo de haberse dicho en su loor que la diosa de la persuasión moraba en sus labios, y que con su voz y acción conmovía la Grecia toda; jamas publicó ninguna de sus oraciones, conociendo que sin el socorro de su gesto y de su acento, desaparecería su mérito y celebridad.

En vano, pues, se darian reglas y ejemplos del bien decir, si no se cuidase con preferencia del modo de decirlo bien, esto es, del tono conveniente con que se ha de animar la espresion, que es el alma del discurso y el móvil de los afectos. Este tono y este modo con que el que habla á los otros declara las ideas y el sentimiento de que está poseido, piden tantas variaciones cuantos son sus respectos y comparaciones entre los objetos que se propone y la diferente fuerza y grado de energía con que debe representárseles: porque, al modo que un buen pintor no toca con la misma luz todas las figuras y sombras de un cuadro: asi tambien el orador discreto, dueño de sí y del asunto, no dará una misma fuerza á todos sus afectos ni una misma viveza á todas sus pinturas.

En el arte de decir las cosas podrá haber la aplicacion de ciertos preceptos, ó por decirlo mejor, de ciertas observaciones generales, para formar el lenguaje peculiar del orador. Pero de lo que vamos á tratar aquí es del tono y aire con que se debe hacer espresivo y enérgico este lenguaje; y son *pronunciacion*, y *accion* que componen las dos partes en que se divide la elocuencia exterior.

## PARTE I.

## DE LA PRONUNCIACION.

Preguntado el famoso orador Demóstenes ¿cuál le parecia el primero y principal precepto en la elocuencia? respondió la pronunciacion: preguntado ¿cuál le parecia el segundo? repitió la pronunciacion: preguntado otra vez ¿cuál el tercero? no respondió otra cosa sino la pronunciacion. Tal era el dictámen del mas famoso orador de Grecia, que fué recibido y celebrado despues como máxima del arte por los Romanos.

Por *pronunciacion* entendemos aquel acento afectuoso que por medio de ciertas inflexiones de la voz, ó de un tono mas ó menos subido, ó de una recitacion mas viva ó mas sosegada, mas rápida ó mas lenta, espresa los afectos que revuelven el ánimo del que habla, y los comunica á sus oyentes: por tanto, es la parte de la oratoria mas difícil de sujetar á reglas fijas y particulares; porque, si bien el ejercicio vence en todas las artes grandes dificultades, en este puede mas el talento que el estudio.

Nunca hallará el lenguaje de las pasiones aquel que lo buscáre con fria serenidad. Y es esta una verdad tan conocida en todos tiempos, y sacada tan inmediatamente de la humana naturaleza, que ha pasado á ser aforismo trivial, por no decir vulgar, el precepto de Horacio de que *es menester que llores tú primero si quieres hacerme llorar*: pues, sin necesidad ni noticia de este consejo, lo egercitan poderosamente, para escitar la caridad por la compasion, casi todos



los pordioseros , y con mas eficacia , sino con mas fruto , los que han convertido en oficio la mendiguez , y en arte su ingenioso clamoréo.

Todo el arte en esta materia está reducido á encender cada uno dentro de su propio pecho la llama que quiere que prenda en el del oyente. El verdadero acento patético, el eficaz, el poderoso, hijo es, no del artificio, sino de la fragua del corazon tierno, que envia á los labios los impetus de su ardor: no nacieron, pues de ella, aquellos discursos pronunciados con acompasada y desmayada monotonía, cuyas palabras son sonidos muertos, y por consiguiente ineficaces, y sin sentido.

Es cosa bien sabida que la eficacia y poderio de la voz, animada de la verdadera pasion, fué la que hizo ganar muchas causas á los oradores de la antigüedad; así como tambien en los tiempos modernos han obrado maravillosos efectos en el auditorio algunos apostólicos varones que debieron sin duda este dominio oratorio á su particular tono de voz, y á su accion. Atribuirlo debemos á estos dos instrumentos, pues, no habiendo quedado, de unos sus sermones, y de otros sino discursos muy comunes en sus obras; la fama de su fruto evangélico no puede tener otro origen ni principio que el comun consentimiento de los oyentes, conmovidos y convertidos á la vista y voz viva del orador.

El acento es el alma de las palabras, frías y mudas en la escritura; de la pronunciacion reciben calor, sentido, y verdad, porque el tono engaña menos que la palabra: así es que nadie duda de una injuria ó de una burla, aun cuando las voces no sean injuriosas ni burlescas. El orador

que no posea la gracia del énfasis del acento que corresponde á su intencion y objeto, quita toda la fuerza é impresion á la frase mas enérgica. Llamo á este talento una gracia, por ser dón de naturaleza; la cual inspira, y dicta unas reglas claras y fáciles, que el arte, que es hijo suyo, las prescribe por imitacion á todos los oradores. Sin embargo, son muchísimos los que pronuncian, ó con afectacion, ó con languidez, ó con descomedimiento, porque son pocas las almas dótadas de esta natural prerogativa.

Quizás por haber considerado esta parte de la elocuencia como dote natural, y no como talento adquirido; no lo trataron los antiguos de propósito, ni con la estension que las demas: pues el mismo Aristóteles y Ciceron se abstuvieron de prescribirle reglas, y de reducirla á arte. Bastará que el orador busque en el curso de su oracion aquel género de acento que le sugiera las inflexiones de la voz, y los varios temples del tono, adaptados siempre al sentido de las palabras, y sujetando al mismo tiempo la espresion de estas á la del pensamiento, á la situacion en que se halla, y al caracter que representa. Advertencia es esta muy necesaria, porque de ordinario el hombre conmovido dá involuntariamente á sus palabras el colorido de la pasion general que le domina: que es vicio casi imperceptible, y por eso mismo mas comun, pues nadie litiga la causa agena con el mismo tono que la suya propia.

La palabra se acentúa y templa diversamente segun es diversa la pasion que la inspira; ahora con voz aguda, vehemente, remisa, ó suave; ahora igual, variada, pausada, ó rápida en sus inflexiones. De aquí saca el orador los diferentes



tonos de pronunciaci3n: ya un bajo igual y profundo para la amenaza: ya un alto subido para la ira y la indignaci3n, pasando velozmente por todos los intervalos m3sicos cuando le agita la desesperaci3n, 3 le abate el temor, le eleva la esperanza, 3 le alborozala alegría.

Es tan grande la eficacia y la verdad que en si tiene el tono y acento de la voz que, si se me permite aqu3 el testimonio de los animales, vemos que algunos de ellos, sin embargo de carecer de razon y del lenguaje racional, y aun del mecánico 3rgano para articular palabras, se entienden solo por los sonidos, que vienen á formar su dialecto. Las diferencias de este nos las declaran mas los perros, algunas de las cuales alcanzamos, y mas los cazadores. El ladrido y voz de este animal varia, y se deja conocer cuando busca la caza, cuando la halla, cuando hace presa, cuando teme, cuando amenaza, cuando acomete, cuando se queja, cuando se lamenta, cuando pide de comer, cuando defiende la comida, cuando juega, y cuando sale á lisonjear á su dueño.

De cualquier modo que se considere el juego de los afectos, el encanto, digamoslo así, de la pronunciaci3n no consiste solamente en una mecánica imitaci3n, sino en una imitaci3n agradable; pues nadie duda de que la declamaci3n, para causar este deleite, ha de arreglarse y sujetarse á cierta melodía, de suerte que no pueda conmover al corazon sin complacer al oido. Tal es la causa porque algunas veces un discurso desaliñado é incorrecto roba la atenci3n por la fuerza del tono que le anima. En este caso el sentimiento del corazon esclaviza las potencias del oyente, quien, olvidándose del orador, solo tiene

presente el objeto que este le pinta. Y es esto tan conforme con la naturaleza, que ésta comunica á los ánimos tiernos una infinidad de modulaciones afectuosas y deliciosas, de que carecen las personas que no sienten: pero; cuidado en no tomar lo afectado por espresivo, ni lo furioso por enérgico.

No hay duda que el placer del sentido que experimentan los oyentes de la melodía del acento, aumenta el placer moral de la representaci3n de las pasiones. Y aunque es verdad que las lenguas vulgares, menos acentuadas y prosodíacas, que la griega y latina, carecen de aquel deleite que procedía del ritmo tan poderoso de los antiguos, para dar vigor, variedad y gracia á la armonía poética: la española, por la feliz trabazon de sílabas suaves y sonoras, por la melodía de su acentuaci3n, sostenida con la variedad y contraste de desinencias numerosas 3 por la fluidez 3 cadencia de las inflexiones, es la mas á propósito en los tiempos modernos para todas las modulaciones de la espresion grave, dulce, y armoniosa. Ademas la libertad de su sintaxis, y sus trasposiciones tan variadas, y siempre bien recibidas, favorecen al orador que sabe usar discretamente de estas licencias, para dar á su pronunciaci3n todos los tonos de los afectos mas contrastados.

Muchas veces saca el orador de la medida y desigualdad de los tiempos en un mismo período un particular lenguaje. El gozo, por egemplo, que imprime cierta vivacidad á nuestros movimientos, la comunica tambien á la medida. La tristeza, al contrario, cierra el corazon, amortigua los movimientos, y la languidez misma se



pinta en el tono que inspira. Pero cuando el dolor es vivo, y padece ciertas luchas el ánimo; la pronunciación de la palabra es desigual, ya con pausado, ya con acelerado compas, ó bien se ataja, ó se corta por gracia ó por fuerza del énfasis: última industria de la elocuencia muda. ¡Qué de cosas se dicen entonces, sin acabar de decir ninguna! Por eso los oradores mas espresivos, ó digase de otro modo, los mas patéticos, son ordinariamente los que dividen los tiempos con mas desigualdad; al contrario, los tibios y tranquilos llevan siempre un paso uniforme; guardando en las cláusulas cierto equilibrio y cimetría.

Sin embargo, de poco servirá que el orador sepa animar sus palabras con la espresion, si el espíritu y calor de esta no llegan á los oyentes. El que solo cuida de la cantidad y calidad de las voces, y no del sentido de ellas, no puede dar espresion á lo que pronuncia: articula, mas no habla; dice, y no siente; y el que no siente, mal podrá hacer que sientan los otros. Y no basta tampoco que el orador sea afectado de una sensibilidad vaga y general: debe sentir particularmente, ya la energía de la lengua, ya el grado de vehemencia y espíritu que pide el asunto, ya la situacion en que se halla para mover y persuadir. El entusiasmo que infundió en los ánimos caídos de los Espartanos el espíritu y canto de aquella elegía de Tirtéo antes de dar la última batalla á los Mesenios, fué efecto de estas tres circunstancias, de las cuales supo aprovecharse como político, como orador, y como capitán.

Muchos oradores obraron prodigios en sus tribunas con el imperio de su voz, como se cuenta de algunos predicadores apostólicos en sus púlpi-

tos, cuyos discursos, leídos, hubieran dejado tibios á sus oyentes. La suma importancia de esta elocuencia exterior, tan necesaria para ganar la atencion y voluntad del auditorio, la conocia en gran manera Demóstenes cuando para corregir y ejercitar el órgano defectuoso de su habla, se llenaba la boca de chinitas del mar y arengaba á las olas embravecidas. Pero, así como son muchísimos los que, destinados al púlpiito y al foro, padecen imperfecciones naturales y habituales en su voz, que los preceptos de la retórica no alcanzan á remediar; tambien son rarísimos los que, movidos del deseo de gloria, y de aquella sed y hambre de aprovechar á sus hermanos en la virtud, ó en el celo de la patria, quieran sufrir el egercicio y prueba del orador de Atenas.

Reconociendo esta importancia, leémos en las sagradas letras que Moisés se escusaba con Dios de que era tarda ó impedida su lengua cuando le envió á Egipto á gobernar su pueblo; cuya escusa no reprobó el Señor, antes le aseguró que asistiría á sus labios, y le enseñaría lo que habia de hablar. Por eso Salomon se alababa de que con su elocuencia se haria reverenciar de los poderosos, y que le oyesen con el dedo en la boca. Aun armada del poder y vestida de púrpura, necesitaba la elocuencia de la gracia é imperio de la voz, para hacer obedecido y respetado al príncipe con la dulce tirania de los labios, como dice culta y elegantemente nuestro Saavedra.

Prescribir aquí metódica y prolijamente todas las reglas retóricas para la pronunciación, seria trabajo tan fastidioso como vano; porque muchas de ellas se deben mirar como fútiles y pueriles, y algunas como impracticables. Solo un continuo



egercicio, y la viva voz de buenos dechados pueden servir de verdadero maestro, y no la especulacion de los preceptos. Tampoco se debe tratar aquí de la impertinente análisis del sonido y de la voz, ni de la teoría delicada del juego de este órgano, y de sus oficios: este trabajo es mas propio del anatómico que del retórico, y trabajo tan perdido como el pretender que vea un ciego de nacimiento instruyéndole en la estructura del ojo, y en el mecanismo de la vision.

Bastará que nos reduzcamos á señalar algunas calidades que pueden depender del estudio y egercicio del orador para la perfecta pronunciacion, como por egemplo: 1.º que sea clara y distinta, es decir, que la palabra salga entera de sílabas y de letras: 2.º que marque con su tono la suspencion y la terminacion final del periodo: 3.º que señale con ligeros interválos la exactitud de la puntuacion: 4.º que empiece la voz lenta y sumisa para que se conserve mas tiempo y mas entera hasta la conclusion del discurso; porque ordinariamente, el que perora, se enardece, ó del mismo asunto, ó del trabajo de la articulacion, y levanta gradualmente su voz sin advertirlo, y casi siempre sin quererlo: 5.º que sea variada, para aliviar la respiracion, y complacer los oidos de los que escuchan, porque no hay cosa mas molesta y enojosa que la monotonía con que algunos principian y concluyen una oracion: 6.º que sea proporcionada al número de oyentes, pues con otro esfuerzo oraba Ciceron en el foro que en el senado: 7.º que sea análoga al asunto y al lugar del razonamiento, pues ni esplicando la sosegada industria de las abejas se ha de tomar el mismo tono que pintando una tormenta; ni tam-

poco en el exordio se debe enardecer el orador como en el epilogo: 8.º que no sea la pronunciacion tan veloz que no de tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los ánimos: 9.º que no sea tan pausada, que cause impaciencia ó sueño al auditorio: 10.º que no sea tan arrebatada, que parezca que habla un energúmeno, ó un hombre sufocado que riñe en una pendencia. En fin reduciremos toda esta doctrina á solos dos puntos, diciendo: que todas estas calidades arriba señaladas de nada servirian para la conveniente pronunciacion, si esta no va regida y guiada por estas sus dos compañeras inseparables, que las enlazan y comprenden todas; *naturalidad, y decoro.*

## PARTE II.

### DE LA ACCION.

La segunda parte en que se divide la elocuencia exterior es la *accion*, la cual se compone del gesto y del movimiento del cuerpo. El primero, que es la espresion del semblante, se forma de infinitas y rápidas modificaciones de la fisonomía, y es la imágen que representa todos los diversos movimientos del ánimo.

Algunos preceptistas retóricos han sido tan prolijos y menudos en prescribir reglas particulares á este arte, que señalaron hasta el número de las arrugas de la frente y el de las pestañadas y arqueadas de cejas que correspondia al desahogo de cada pasion. Olvidábase sin duda de que la espresion gesticulante es gracia concedida por la naturaleza, en la cual el arte solo pone la de-